

Coronavirus, biopolítica y experiencia pedagógica

Nora Merlin
Universidad de Buenos Aires
Argentina

El bichito desencadenó una pandemia que desorganizó la vida a nivel mundial, colapsaron los sistemas de salud en varios países y se produjo un quebranto económico que, según los entendidos, será mayor al que generó la crisis del 30. Sociedades enteras en cuarentena, aislamiento, reclusión en las casas, suspensión casi total de las actividades, contagios, muertes y angustias.

De un día para el otro se quebró el automatismo de las costumbres sociales, perdiéndose la aparente normalidad con la que circulábamos hasta hace algo más de un año. La vida se volvió extraña, regresamos a viejas formas del cuidado, desde extremar escrupulosamente medidas de higiene, hasta guardarse del peligro externo en las cavernas contemporáneas.

El virus maldito trajo enfermedad, muerte, sufrimiento y resultó, también, una experiencia pedagógica. Mostró a todas luces y con lente de aumento, que el neoliberalismo es un sistema impotente que no es capaz de contener a las mayorías, que está basado en una supuesta fortaleza desplomada de la noche a la mañana. También se quebró, con la velocidad del estornudo, la creencia en la omnisciencia y omnipotencia del saber científico y tecnológico que “todo lo sabe”, “todo lo puede” y “todo lo controla”. La ciencia, la tecnología y el dispositivo de control no pudieron determinar ni prevenir la pandemia.

La irrupción del coronavirus constituye un acontecimiento que agujereó a la ciencia y a los cimientos del sistema global. De un día para otro, cambió la escena del mundo y se produjo en la subjetividad una desestabilización fantasmática, conmoviendo identificaciones y fijaciones neoliberales sedimentadas en la cultura.

La pandemia emergió con la fuerza de un acontecimiento que grita verdades, por ejemplo, que la desinversión en salud pública propia del neoliberalismo trae como efecto necesario sistemas de salud precarios, que no dan abasto para atender a todos. Que la salud pública no es un gasto ni una inversión, sino un derecho. Que las sociedades organizadas

por la lógica del mercado no cuidan a su gente, sino que la dejan a la intemperie, en angustiosa indefensión. Que solo los estados fuertes son los que amparan.

Desde fines de los 70' un ejército compuesto por expertos, tanques de pensamiento y aparatos comunicacionales impusieron con éxito un ideario neoliberal que fue “comprado” por la mayoría global. Esta tragedia permitió que se caigan de un plumazo muchos slogans neoliberales que funcionaron como certezas ideológicas, tales como el estado burocrático, la libertad individual, el ideal privatizador, etc. Del mismo modo, quedaron como anacrónicas las frases neoliberales del estilo “achicar el Estado para agrandar la nación” o el ideal de la meritocracia. Constatamos que si achicamos el Estado lo único que aumenta es el coronavirus y que sólo con el capital y sin la salud pública nadie se salva. Un sistema basado en la maximización del beneficio y en la reducción de los costos deja al cuerpo —singular y social— amenazado por la enfermedad y la muerte. Después del estallido de esta pandemia, ya nadie se atreve a poner en duda la necesidad de un Estado fuerte —que no es sinónimo de autoritario— que conciba a la salud pública como un derecho, y no como un gasto o una mera inversión.

La crisis desencadenada por el coronavirus no hizo más que mostrar intempestivamente lo que hace años estaba agonizando, pero velado por la pantalla del marketing y los medios de comunicación corporativos. Cuando el mundo supere esta pandemia ya nada será igual. El virus podrá ser sólo una mala noticia que paralizó al mundo y arruinó economías que estaban en terapia intensiva, o ser también una gran oportunidad. Lo que sucederá dependerá de las fuerzas vivas populares y sus deseos.

Desde que apareció el coronavirus y, junto a su centralidad y reproducción, surgieron teorías filosóficas, científicas, conspirativas y geopolíticas sobre el origen de la pandemia y las consecuencias acarrearán.

En el artículo "Encerrar y vigilar", publicado en el diario *El País* el 28 de marzo de 2020, Paul Preciado analiza la pandemia partiendo de la concepción biopolítica de Foucault. Foucault sostenía que el cuerpo vivo es el objeto central de toda política y que no hay política que no sea de los cuerpos. El filósofo francés no se refería al organismo biológico, sino a la producción del cuerpo realizada por el poder, entendido este como un dispositivo que penetra y se hace carne en la singularidad. Preciado, orientado por el prisma que ofre-

cen Michel Foucault, Roberto Espósito y Emily Martin, revisa la historia de algunas de las epidemias mundiales de los cinco últimos siglos: lepra, peste, sífilis, sida y coronavirus. Concluye con lo que podría tomarse como una ecuación: dime cómo tu comunidad construye su soberanía política y te diré qué formas tomarán las epidemias y cómo las afrontarás. Esto implica que el virus no se concibe como un fenómeno natural, sino que replica en la población las formas dominantes de gestión biopolítica.

Preciado dividió las estrategias que los países han tomado frente a la extensión de la Covid-19, mostrando dos tipos de tecnologías biopolíticas. La primera, vigente sobre todo en Italia, España y Francia, aplica medidas estrictamente disciplinarias, que implican el confinamiento domiciliario de la totalidad de la población. El filósofo español no menciona que el aislamiento, en esos países, fue realizado tardíamente en medio de la tragedia y luego de esperar la autorregulación y consumación natural del virus. En resumidas cuentas, esa es la concepción neoliberal, el darwinismo social de los más vulnerables.

La segunda estrategia, puesta en marcha por Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong-Kong, Japón e Israel, se basa en técnicas de biovigilancia. El énfasis está puesto en la detección individual del virus a través de la multiplicación de los tests, el control social y la vigilancia digital constante.

Por alguna razón que desconocemos, Preciado omite el modelo argentino que constituye una tercera posibilidad y es ejemplar. En la Argentina el aislamiento se produjo con planificación y prevención cuando la epidemia no estaba desencadenada. La Argentina tomó una tercera vía para enfrentar la pandemia, la estrategia consistió en politizar el virus, organizar la comunidad poniendo el Estado al servicio de la salud y del bienestar del pueblo.

En la Argentina y en el tiempo de la urgencia, se entendió que el Otro no es ni mi enemigo ni el culpable, sino mi prójimo. Que la suerte y el cuidado de él también es el mío, ya que es imposible salvarse sólo. Que el amor es político y que el aislamiento nada tiene que ver con el individualismo neoliberal, en el que cada uno, indiferente al prójimo, se enfrasca en su tribu mientras se mira el ombligo. Se configuró en el país un aislamiento que no fue exclusión ni identificación al resto, sino un acto de amor político, de cuidado de sí y de la comunidad, porque la solidaridad no es caridad, sino la base de lo colectivo.

Un gobierno democrático, nacional y popular como el del Frente de Todxs encabezado por el Presidente Alberto Fernández, atravesado por el feminismo, hizo del cuidado —demanda fundamental del movimiento de mujeres— y de la política de género, una cuestión de Estado. Así lo anunció en su discurso del 1 de marzo, abriendo el año legislativo, en el Congreso de la Nación.

El cuidado o el control del Estado no siempre es persecutorio y hostil, como prejuiciosamente suponen algunos. Puede consistir en una acción política democrática de intentar frenar la muerte, no sólo para la élite, sino para todxs. Tampoco la obediencia indica siempre servilismo; puede significar, como sucedió mayoritariamente en la Argentina en las actuales circunstancias, la decisión responsable y colectiva de asumir que el cuidado propio implica también el de todxs, y viceversa.

Sabiendo que las epidemias son también laboratorios de innovación social y de las tecnologías del poder, hay un gran debate entre los filósofos acerca de los cambios que traerá al mundo el coronavirus. Por ejemplo, Byung-Chul Han sostiene que el capitalismo actual puede mutar en un régimen riguroso de vigilancia social, control y gestión de las vidas: un totalitario virtual. Por el contrario, Žižek afirma que esta pandemia es capaz de producir una salida del capitalismo.

Preferimos descolonizar nuestro pensamiento y no adherir a los fantasmas y conjeturas eurocéntricas que plantean filósofos de otros países, con otras tradiciones. Nuestro punto de vista es que el coronavirus es una experiencia política pedagógica.

El debilitado poder intentará, como hasta ahora, aprovechar la crisis para engrosar sus arcas. Utilizará el terror para que nada cambie y para capturarnos en los dispositivos de control. Intentará atacar la solidaridad que se tejió en la cuarentena, retornando con el cuento de la meritocracia, el individualismo, el consumo y la autoayuda. Sin embargo, luego de pasar por la experiencia de vulnerabilidad singular e indefensión colectiva, esta vez podrá ser distinto.

Cuando un acontecimiento produce un padecimiento en el cuerpo que desestabiliza la identidad singular y social, ese daño se convierte en corte, en una marca inolvidable que hace posible captar la propia estupidez, como eslabón cómplice de un sistema que en lugar

de contener expulsa y que decide quién vive y quién muere. Desde esa captación nada vuelve a ser lo mismo

La pandemia tomó el cuerpo y desarrolló en pleno aislamiento una suerte de angustia global, activando una nueva sensibilidad que revaloriza la igualdad, la solidaridad y lo público. Hasta ahora, ninguna prédica política lo había podido producir como esta vez, que se presenta con la fuerza de una nueva hegemonía.

El coronavirus rompió el pacto entre capitalismo y democracia, habrá que reinventar la democracia. Sabíamos que con las argumentaciones racionales no iba a ser suficiente para limitar el sistema *tanáticoneoliberal*, que había que involucrar afectos, cuerpos para lograr un despertar. No sabíamos cómo realizar una experiencia pedagógica capaz de transformar el odio al otro en amor, en cuidado y realizar el trazado social del conflicto político.

Arriesgamos la hipótesis que el coronavirus está llamado a funcionar como el signifiante que marca un límite y nombra el fin de la época neoliberal, siempre y cuando haya una construcción política emancipatoria orientada por lo nacional popular y feminista.

© Nora Merlin

Referencias bibliográficas

Foucault, M. *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2007.

Merlin, Nora. *Populismo y psicoanálisis*. Buenos Aires, Letra Viva, 2014.

---. (2017). *Colonización de la subjetividad. Los medios masivos de comunicación en la época del biomercado*. Buenos Aires, Letra Viva, 2017.

---. *Mentir y colonizar. Obediencia inconsciente y neoliberalismo*. Buenos Aires, Letra Viva, 2019.

---. *La reinención democrática. Un giro afectivo*. Buenos Aires, Letra Viva, 2020.

Preciado, Paul. “Encerrar y vigilar”, diario *El País*, 28 de marzo 2020.